

La preocupación social, permanente a lo largo de toda su obra, se desarrolla en dos direcciones fundamentales: por el sufrimiento atemporal del hombre-niño, amenazado por la naturaleza violenta del ser humano, y por el sufrimiento histórico del hombre en la sociedad clasista burguesa. En torno a la primera escribió, por ejemplo, «El sueño» y «La estrella». En la segunda línea pueden mencionarse los cuentos «Emilia» y «Se ha muerto una niña».

Entre los rasgos formales de su narrativa se cuentan la intensidad argumental, dada la brevedad de los relatos y que en ellos se narran sucesos por lo general dramáticos; la escasez de diálogos —en ocasiones absoluta— y el predominio de la narración en sus mejores cuentos; el lenguaje cuidadoso, embellecido por frecuentes figuras literarias; la capacidad descriptiva que se hace profusa y delicada unas veces y otras, enérgica; y el gusto por la acumulación tanto de elementos compositivos como la expresión, con los cuales nos ofrece una visión fragmentada pero dinámica de la realidad que relata.

4.— De temática política y análisis de la repercusión social son las novelas de María Lafita Navarro y Teté Casuso. De la primera no conocemos más que su novela *El romance heroico del soldado desconocido*, escrita con dos propósitos esenciales: revelar los horrores de la Primera Guerra Mundial y enaltecer la imagen de aquellas mujeres europeas que demostraron la resistencia, el valor y la grandeza espiritual de que era capaz el pretendido sexo débil.

Considerando este último objetivo de la escritora, y que la novela fue escrita en la época de auge del feminismo, pudiéramos haber clasificado su obra en el grupo de las narraciones feministas. Mas la importancia sociopolítica de las ideas antibelicistas, esenciales en el argumento, las que no fueron particulares de ningún sector social ni de ninguna tendencia literaria, nos indujo a incluirla entre las narraciones del segundo grupo.

Si la analizamos con un criterio estético riguroso, descubriremos su débil factura técnica, por el lenguaje excesivamente ampuloso y el tono que a fuerza de querer ser sublime puede, de cuando en cuando, llegar a la cursilería, o restarle fuerza dramática a determinadas escenas. Pero a su favor debemos mencionar la calidez humana con que fueron trazados los personajes, sobre todo la señora Renard, protagonista de la obra, anciana que nos emociona profundamente por la soledad, y la indefensión en las que la deja la guerra.

No creemos que María Lafita Navarro haya visto con claridad el carácter imperialista del conflicto, ni los intereses financieros puestos en juego por los gobiernos, a causa de los cuales murieron miles de hombres

honestos alentados por un falso patriotismo. No obstante, *El romance heroico del soldado desconocido* puede ser tomada como representación de la literatura antibelicista desarrollada desde los días terribles de 1914, como testimonio del deseo pacifista de todos los pueblos del mundo y de la cual poseemos además en la literatura cubana las novelas *Avalancha*, de Ibarzábal y *La cruz de Lieja*, de Juan M. Planas.

Por su parte, la novela *Los ausentes* (1944) de Teté Casuso, es un relato —a medias histórico, a medias romántico— sobre el exilio de aquellos jóvenes cubanos que en la década del treinta debieron huir de nuestra patria por la persecución del gobierno a causa de su actividad revolucionaria.

En fugaz cotejo con el libro de Pablo de la Torriente Brau, *Cartas Cruzadas* —tarea que sería interesante abordar con profundidad— nos convencimos del carácter autobiográfico de buena parte de los hechos que la escritora nos narra y que constituyen, sin dudas, la mejor sustancia de la obra.

Mas a partir de la entrada en escena del personaje Tom, músico joven norteamericano con quien Leticia, la protagonista, establecerá entrañable relación amorosa, el tema sociopolítico se irá diluyendo en escenas sueltas y la novela desarrollará el conflicto amoroso como tema central, lo cual si bien no hará perder a la narración los muchos valores formales que posee, sí reducirá sensiblemente su importancia ideológica.

No obstante la coincidencia en algunos elementos ideológicos que pueden constituir tópicos temáticos del primero o el segundo grupo de narraciones, ambos se separan por el propósito central de las autoras, ya comentado.

C) Por su parte, las narradoras del tercer grupo (de tendencia naturalista) se interesan más en provocar la conmoción en el lector que en obligarlo a pensar, para lo cual describen con intensidad momentos cruciales, a menudo fatales, en la vida de sus personajes, lo que no impide que podamos encontrar ocasionalmente en estas obras algunas opiniones sociopolíticas. Este es el caso, por ejemplo, de *El girasol enfermo*.

Aquel mismo aliento, aquella potencia del estilo de Surama Ferrer que se tradujo en la fuerza de los diálogos y en el realismo de los personajes de *Romelia Vargas*, alcanza la culminación en este nuevo libro. Cuentos como «La rosa de Medellín Falcón», «Alcohol n.º 1», «Una primavera para Mr. Drum», «El grito» y «Las ratas», subyugan al lector por el descarnado naturalismo de unos o por la tristeza desnuda de otros.

En cuanto a estilo, esta es una narradora conservadora: no debemos buscar en sus obras aportes técnicos o pretensión de originalidad, ni siquiera reflejó en ellas interés por las audacias verbales de los vanguardistas, como sí encontramos en otras narraciones del período. Por la misma razón no rechazó la utilización de los recursos melodramáticos

que garantizaban el rápido efecto en el lector. Mas en relación con la utilización de dichos recursos, tenemos los narradores que hacen uso y los que hacen abuso de los mismos; los primeros los utilizan de manera racional como soporte de la trama y ofrecidos con adecuada elaboración artística, como es el caso de Surama Ferrer; los otros hacen del relato un rosario de elementos melodramáticos con semejante alcance literario que el de una crónica roja de la prensa sensacionalista burguesa. Así en *El girasol enfermo* hay melodrama y éste aparece con suficiente medida y calidad literaria como para que podamos darlo por válido entre los recursos técnicos de la escritora.

Por encima de la diversidad temática, hay dos elementos permanentes en el libro que relacionan los relatos entre sí: primero, los hombres son víctimas de sus circunstancias, de las que pueden salir victoriosos o no; segundo, la solidaridad hacia los seres humanos, la comprensión generosa de sus debilidades y errores, es una forma de triunfar sobre las circunstancias hostiles. En el enfoque de la realidad, se aprecia en *El girasol enfermo* la visión naturalista de buena parte de los cuentos, dada la utilización de términos y procesos científicos (médicos) como en «La máscara» o en «La madre»; en lo despiadado de muchas escenas, por ejemplo, de «El grito», y sobre todo, en que la narradora centra su interés en elementos aislados, es decir, fija el detalle individual y ocasional, no el rasgo general o clasista, a diferencia de su novela citada en la que observábamos el análisis permanente de los caracteres sociales.

D) Con relación a las crónicas de viaje, el propósito queda excusado por la índole de este tipo de obra que, al decir de Max Henríquez Ureña

No es abundante /.../ en la bibliografía cubana /.../ En las últimas décadas del XIX, apenas puede notarse uno que otro libro de esa índole, como algunos de Raimundo Cabrera /.../ Los tres libros de viajes más dignos de interés que se han publicado en Cuba en el siglo XX, recogen las observaciones de tres periodistas que visitaron la Rusia soviética /.../.

Mas a pesar de esta opinión, las tres narraciones de este género revisadas en nuestra investigación, si bien no se distinguen por la objetividad ni por la abundancia de datos históricos, son en cambio muy amenos relatos —el de Dulce Loynaz inolvidable— en los cuales sus autoras imprimieron el sello personal de sus estilos.

Ofelia Rodríguez Acosta escribió *Europa era así*, como una serie de crónicas periodísticas independientes para que fuesen publicadas en la revista *Grafos* entre 1953 y 1959. En ellas nos describe la vida en las principales ciudades europeas poco antes de la segunda guerra mundial, lo que acrecentó el interés posterior de los lectores cubanos en esta obra.

En *Recuerdos de un viaje a Europa*, de Teté Casuso, encontramos el mismo fino humor y amenidad, igual calidez humana que aquellos que disfrutamos en su novela. La obra narra el recorrido de la propia autora por las diferentes capitales de Europa —sobre todo por los principales centros culturales de cada país—, a través del cual nos ofrece su visión, interesante a pesar del criterio impresionista, de innumerables obras pictóricas y arquitectónicas europeas. Con suma habilidad, aligera la sucesión descriptiva —base de la obra— con escenas de acción intercaladas que aprovecha al propio tiempo para contar los incidentes de su viaje.

*Panorama de México* es un relato de mucha mayor brevedad, cuyo objetivo no parece haber sido la descripción del país azteca sino el dejar un testimonio sobre aquella sociedad, con referencias particulares a la labor nacionalista de Lázaro Cárdenas, por la cual la escritora sintió evidente simpatía. No obstante ser una obra menor, está realizada con soltura de estilo y logra atraer la atención del lector.

Finalmente, en *Un verano de Tenerife* Dulce María Loynaz confirma sus excelentes dotes para la narración y la descripción, demostradas en *Jardín*, así como la fineza de estilo, la calidad artística y esa nostalgia inapresable que domina en todas sus obras —poéticas o no— y que parece conducirnos al reino de las confidencias. Lo que en las Islas Canarias vio y describió Dulce María, nosotros también lo vimos hermosado por su palabra, y fuimos por ella más allá de la realidad, hasta allí donde la poderosa imaginación de la autora echó a andar de nuevo, como recién lavadas, las antiguas leyendas isleñas.

E) En cuanto a las narraciones de corte costumbrista del período —no a la breve pintura de costumbres que de cierta manera aparece unida a toda narración que pretenda reflejar la realidad social— encontramos que éstas son aún más escasas que los relatos de viajes. Según Juan J. Ramos, esta línea, que tuvo su auge entre 1830 y 1840, presenta en su desarrollo

Tres aspectos, perfectamente definidos [...]: el descriptivo, que determina una clase de novela especial, como *El penitente*, *Cecilia Valdés* y varias novelas más de Villaverde, *Leonela*, de Nicolás Heredia, *Carmela*, de Meza, etc.; el antiesclavista, como *Francisco*, de Suárez y Romero, *Petrona y Rosalía*, de Tanco, *Sab*, de la Avellaneda; y el episódico, como *Una feria de la Caridad*, de Betancourt, y *El cólera en la Habana*, de Ramón de Palma.

No obstante, la novela *Mati, una vida de antaño*, publicada en 1932, responde cabalmente al primer tipo de narraciones costumbristas señalado; de ahí que podamos considerarla como una forma narrativa anacrónica. ¿Quién fue Concepción de Macedo de Sánchez de Fuentes, Condesa de Cardiff? Muy poco conocemos de ella, pero seguramente el recuerdo